



Antología  
IX Concurso de relato breve  
Osvaldo Soriano

Antología IX concurso relato breve Osvaldo Soriano / Paula Bonino ... [et al.]; Prólogo de Marina Arias; Ulises Cremonte. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La

Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-34-2439-1

1. Relatos. Autores Varios

CDD A860

*Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste*

Editorial de Periodismo y Comunicación

*Diag. 113 N° 291, La Plata 1900, Buenos Aires, Argentina.*

*+54 221 422 3770 Interno 159*

*editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar*

*Facultad de Periodismo y Comunicación Social*

*Universidad Nacional de La Plata*



**FACULTAD DE PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL**



**UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA**

# Índice

PRÓLOGO	6
 <b><u>MAYORES DE 25</u></b>	
<b>GANADOR:</b> MUY A MI PESAR de Eugenia del Carmen	9
<b>PRIMERA MENCIÓN:</b> DIARIO DE UNA CHINA EN BUENOS AIRES de Jorge Teszkiewicz	12
<b>SEGUNDA MENCIÓN:</b> RITUAL PROPIO de Soledad Vignolo Mansur	16
 <b>FINALISTAS:</b>	
LA TRINCHERADE Luciana Balanesi	19
ARTIFICIO de Pablo Carrazana	22
DESNUDEZ de Carla Demark	25
PARA NO CAER de Anahí Flores	28
ELECCIONES de Sofía Granitto	31
REDONDA INOCENCIA de Sylvia Hart	34
SALIDA CON TRASPIÉ de Sergio Simionato	36

## MENORES DE 25 AÑOS

### **GANADORA:**

**AMADO**

40

de Paulina Bonino

### **PRIMERA MENCIÓN:**

**CHÚCUCU-CHUCU**

42

de Rommel Landinez

### **SEGUNDA MENCIÓN:**

**DUDÉ EN VOLVER**

44

de Malena Escobar

### **FINALISTAS:**

**LAS LUCES BAJO EL PUENTE**

47

de Félix Amadeo

**FLÂNEUR CIBERNÉTICO**

50

de Fermín Chiardola

**MIRADAS QUE MATAN**

52

de Genaro Fliebig

**NIRVANA**

54

de Catalina Ghigliani

**NUNCA TENGAS UN GATO**

57

de Martín Mader

**UN SUEÑO**

59

de Franco Oreskovic

**AL FINAL DEL PELOTÓN**

61

de Axel Rovner

# Prólogo

Pocos géneros más versátiles que el cuento. Quizás por eso, una manera de abordarlo es desde su extensión, o de lo que se hace con esa extensión. Parece haber un acuerdo inicial sobre que el cuento condensa un mundo. Es como el dedal de los escritos. Algo que funciona en la concentración y también, como el dedal, en su blindaje. Pero no alcanza con eso.

Marcelo Cohen en "Lo que un buen cuento ofrece" dice que:

La médula de los cuentos que siempre quise emular, me parece, es una imagen en la cual tienden a confluír varios contenidos mentales, o entran en relación percepciones diversas. Si el cuento consigue reunir las, el efecto en el lector es el de un despertar a la experiencia, algo que en el mundo siempre está a punto de perderse.

El despertar de una experiencia, la captura específica de algo que si no estuviera narrado se perdería en la dispersión aleatoria y repetitiva de la vida misma. En cada edición del "Concurso de Relato Breve Osvaldo Soriano" buscamos encontrarlos con esos pequeños granos o puntos de sentido que nos permitan salir de la cadena de distribución repetitiva de un mundo, que no por extraño o ciertamente bizarro,

no deja de aburrirnos en su insistencia. Narrar, para que aquello que vale la pena que suceda, vuelva a suceder y encuentre la eternidad de un puñado de páginas.

Este libro reúne los relatos premiados y finalistas de la IX edición del "Concurso de Relato Breve Osvaldo Soriano" que desde la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad de La Plata organizamos ininterrumpidamente desde el año 2013 para celebrar nuestra democracia.

Como siempre, agradecemos a nuestra Facultad por la confianza, al centro de estudiantes conducido por la Agrupación Rodolfo Walsh por el apoyo, a todos los integrantes del comité de lectura, a Ángel Berlanga por acompañarnos desde la primera convocatoria, y en esta novena antología a Mariano Quiroz por participar generosamente como integrante del jurado invitado. Gracias también a Franco Dall 'Oste y a Ediciones de Periodismo y Comunicación por la posibilidad real de esta antología. Y como siempre, a la universidad pública por todo esto y tanto más.

**Marina Arias y Ulises Cremonte**

*Codirectores del Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos*

**Mayores de 25**



# Ganador:

## Muy a mi pesar

de Eugenia del Carmen

A mamá la vi por última vez dos días antes. Me llamó doscientas veces en un rato. Tenía frío y se le había roto la estufa. Cómo no me di cuenta que algo le pasaba... Ahora estábamos en la cocina de Manuel, con la urna en la mesada, entre la procesadora y la lata de yerba. Lo que quedaba de mamá ahí, y los tres parados como alrededor del fuego.

La encontró el portero. La vecina escuchó un golpazo y se cansó de tocar el timbre, pero mamá no salió. Entonces se imaginaron algo y barretaron la puerta. Ahí estaba mamá, entre el baño y el pasillo, en el suelo, muerta, como si nada.

Cirilo, el portero, llamó a Manuel. Tenía los números de los tres, pero le avisó a él. Siempre tuvieron esa forma de tratarse, como entre camaradas, hablaban de los chicos, la señora de este, la señora de aquel. Yo no le caía bien, él no me caía bien. Fin. A José nadie lo llamaba para nada. No tenía celular, lo tenías que llamar al fijo y no te atendía. O te atendía sacado. Así nos había adoctrinado y ya ni se nos ocurría pedirle nada. Una vez me dijo, ¿qué mierda querés Miguel? Y corté.

No le avisamos a nadie, por pedido de Manuel. Pedido es una forma de decir. Manuel siempre decide todo. Él comunica lo que se va a hacer y punto. No hay tutía.

La llevamos a cremar a ese cementerio privado que queda pasando la rotonda de Alpargatas, ruta 2, por colectora. A mamá le hubiera gustado el jardín, lo cuidadito que lo tenían. Manuel decidió que no la íbamos a dejar ahí, que era muy lejos, que era muy caro, que él era el único que tenía un trabajo de verdad y una mujer y dos hijos. José dijo que le daba lo mismo mientras no tuviera que poner un peso. Yo tragué saliva agria, en silencio.

Una hora de ida, tres de espera, otra de vuelta, y la cocina de Manuel, con la urna apoyada en la mesada gris de Silestone. Carísima, dijo Manuel, no la vas a rayar, no seas pelotudo, Miguel. Pero cómo iba a rayar la mesada... mamá hubiera dicho dejá, tu hermano y la mujer son dos tilingos. Mamá les decía tilingos, y a la del almacén porque votaba a los neoliberales, y a su prima Rita, porque cuando salían se tiraba el ropero encima. No distinguía, mamá. Todos tilingos. Manuel agarró la balancita de repostería, verde con flores azules, de plástico. La puso sobre la mesada, al lado de mamá, y dijo lo que dijo: la pesamos y la dividimos en partes iguales.

Yo podría haber dicho algo. No podía respirar. Manuel me frizó cuando dijo eso, y yo hubiera podido contestar algo: ¿cómo carajo se te ocurre?, ¿es joda?, ¿estás loco! No pude. No pude por mucho tiempo. José sí, dijo correte, yo la peso, que soy el mayor. Intercambiaron lugares. Destapó la urna con la mano derecha y se puso a buscar una cuchara en el cajón de los cubiertos, con la izquierda. Mamá nos hubiera dado un sopapo a cada uno. Yo prendí un cigarro, para no llorar. Qué hacés, me dijo Manuel, acá no se fuma, Patricia me mata. En mi cabeza las respuestas se cagaban a palos para salir; Patricia te mata si hay olor a pucho, pero vos decidís que a mamá se la pesa y se la reparte, en tuppercitos, como un paquete de harina. Ustedes están locos, yo no quiero un tercio de mamá, mamá volátil, mamá polvareda, mamá. Apagué el pucho.

La pesaron, llenaron los tres tupper. José dijo que estaban desparejos, que seguro no había tenido en cuenta el peso de la tara, que estaba mal repartida, que había que volver a pesar. Volcó a mamá en la urna y empezó de nuevo. Creo que la sentí. Un beso helado, en la mejilla, con olor a mate. Me salieron de los ojos unos gotones

gruesos y los escuché golpear el suelo. Algo de mamá flotaba entre las barras de sol que cortaban el aire. Mamá en la cocina bailando con los ácaros.

## Primera mención:

# Diario de una china en Buenos Aires

de Jorge Teshkiewicz

### Martes

Hoy no vino en mi horario. ¡Qué triste! Casi nunca coincidimos.

Le contesté el mail a papá. Le dije que nosotras estamos bien y que la tía viaja la semana que viene. Me cuesta escribirle, me olvidé muchas palabras. Con mamá es más fácil. Hablamos por whatsapp en castellano. Ella quiere practicar para no olvidarse.

El carnicero nuevo parece mudo. Vende poco. Olvidé contárselo a papá.

### Miércoles

Otra vez vino con ella. No me importa. Me gusta verlo.

Compraron pan lactal y una leche. ¿Por qué vendrán juntos si no se hablan?

Cuando pagó me miró fijo y me rozó la mano.

Después de cerrar fuimos al cine con Li. Se fue antes de que termine, se sentía mal.

El tipo de la butaca de al lado me apoyó la pierna mientras abrazaba a su novia. Yo me pegué bien fuerte con la mía. Usaba bermudas. Sentía los pelitos suaves y el calor

de la piel. Nos quedamos así hasta el final de la película. El me frotaba y cada tanto besaba a la mujer. Yo cerraba los ojos y soñaba con el rubio.

Se fueron apurados antes de que enciendan las luces. No pude verle la cara.

Llegué triste a casa. Me pinté los ojos y los labios. No me gustó. Me saqué todo enseguida.

Li estaba mejor. Vomitó.

### **Jueves**

Otra vez vino el gordo a pedir plata.

Li le pagó. Yo no lo hubiera hecho. Nos peleamos por eso.

Papá dice que siempre hay que darle y que no es bueno discutir entre hermanas. Me enoja que ella sea tan obediente.

El chico del taller me preguntó si voy a ir a la cancha. Le dije que sí.

### **Viernes**

Cuando volvía del depósito el rubio se estaba yendo. Es lindo de espaldas también, pero lo que más me gusta son los ojos y la boca. Quiero que me bese.

### **Sábado**

Fuimos al Barrio Chino a cenar con Nina.

Le conté lo que me pasa con el rubio.

Me dijo que si se enteran en casa se van a enojar.

Tampoco le gustó lo de la facultad.

¡Nina es tan china!

Que piense lo quiera, no me importa.

## **Domingo**

Me esperaron en la plaza. Me regalaron un sándwich y una Coca para el viaje. Yo llevé galletitas.

Antes se burlaban porque no entendía nada. Ahora me piden por favor que vaya. Dicen que les traigo suerte.

Cuando el nueve hizo el gol, un grandote me abrazó y me tocó la cola por adentro del pantalón. Me hizo cosquillas. Le hice lo mismo y se fue para la otra punta.

Ganamos tres a uno. Cuando gana Boca es más divertido.

Volvimos todos juntos en la camioneta, cantando. A veces, se callan de repente, me dejan a mi sola y se matan de risa cuando digo "sí, sí, señoles". Lo hago sin darme cuenta, puedo decir señores sin problema

Me bajé dos cuabras antes. No quiero que me vea Li.

## **Lunes**

Hoy vino al mediodía. Solo. Yo estaba en la caja.

Antes de darle el vuelto le pregunté si quería salir conmigo. Hizo como que no entendía, pero se puso colorado. Le escribí mi número en el ticket. Se fue sin saludarme, pero me llamó al rato. Nos vamos a ver mañana a la noche.

Qué lindo que es. Quiero que sea mañana.

## **Martes**

Caminamos por el parque como dos horas. Me compró un helado. Es vergonzoso.

Cuando le agarré la mano se soltó enseguida. La tenía húmeda; a mi no me molesta.

Le conté toda mi vida, desde que vinimos de china y de cuando era chiquita también.

Él casi no habló. Movía la cabeza y solo decía sí, no, qué bien, ajá.

Lo único que me dijo, porque le pregunté, es que la que lo acompaña es la hermana, que se llama Nilda, igual que una novia que tiene en Uruguay. Que nombre raro Nilda, nunca lo había escuchado.

No me importa que tenga novia.

Me dijo que se llama Javier y que todos le dicen Chiche. Otro nombre raro. Me cuesta pronunciarlo. Todo me cuesta con él.

Me dijo que yo era oriental como la novia y se rio. No entendí. Me aclaró que era un chiste y se rio más. Tiene lindos dientes.

Me acompañó hasta la puerta de casa.

Antes de irse me acarició la mejilla, pero no dejó que lo bese en la boca. Creo que lo asusto.

No se su teléfono. No se donde vive. Tengo miedo de que no vuelva. Ojalá que me llame.

Voy a pensar en él para tocarme.

# Segunda mención:

## Ritual propio

de Soledad Vignolo Mansur

Me gusta olerme después de amamantar, esnifarme con la cara pegada al pecho como una perra en celo. A veces, cuando la última gota está por caer la seco con la mano y lamo mi palma; otras, aspiro profundo para alcanzar el deseo que ser comida me provoca. Mi pecho seco huele a sexo, a leche cortada, a pezón muerto. Aunque de vez en cuando Elena lo muerde hasta herirlo, entonces la sangre une su aroma intermitente y se vuelve costra hedienta. Ahí se exhibe un otro, que soy yo, pero que disfruta de arrancarla, de volverla dolor esencial, fragancia primigenia. Sangre y leche.

No le cuento a Luis estas ansias, ni los vahos que consigo con la manta de la beba tapando mi pecho para olfatearme.

¿Está segura de que no se vuelve obsesivo?, pregunta mi terapeuta. Y sin tapujo le respondo que no y que no me importa. Entonces revuelve su cuerpo en el sillón, mientras aclara que el tema es no agregar sustancias y hedores a eso que llamo *ritual propio*. Me deja con ideas flamantes, esos anónimos olores posibles que pude perder. Yo no lo había pensado. Pero ahora que lo dijo, claro que sí, debo estar desperdiciando un montón de aromas. Entonces los enumero: mi piel transpirada, el perfume de la manta, el dejo de la beba en mi mama, el ambiente que huele a



veces a sahumero y otras a comida, el vómito de Elena cuando se adhiere a su ropa, la mezcla de mi piel con la suya, ese almizcle de sus jugos nuevos. ¿Cuántos olores caen sobre mí a diario? Sin embargo, a ella le respondo que no me obsesione, así la dejo en calma.

Salgo, camino y me apabullo porque no huelo nada interesante, y eso que abundan sitios olientes y llenos de posibles aspiraciones. Sin embargo, mi olfato se desentiende de todo en las diez cuerdas que separan la terapeuta de mi vida. Desde el ascensor escucho el llanto de Elena, me apuro agitada y la saco de los brazos de Luis de un tirón. Entro a su cuarto y cierro la puerta con doble llave. Él no cuestiona, apesta a miedo cuando se trata de nuestra hija.

Me siento en la cama, saco la teta y Elena se abalanza sobre ella para consumirme, huelo su saliva cortada, la audacia de sus dientes de cachorro voraz. Y me gusta, me gusta esta hija poderosa, capaz de lastimarme para saciarse. La cubro con la manta, me meto debajo hasta que mi pera toca mi pecho y quedamos así: cara, teta, leche, sangre, cara de hija. La aspiro completa y mía.

Puedo reconocer el aroma a grasa en su cuero cabelludo naciente, el pequeño hedor a sangre tibia de mi pezón agrietado la excita, hambre de mi hambre, hembra mía, y también me provoca. Olfateo entonces más cerca. Un dejo rancio en el aire amanece con su eructo. El provecho hiede mal, pienso. Ella muerde más fuerte y el chorro de leche se vuelca en su boca, lo husmeo, aunque mantengo mis ojos vedados. Me chupo yo también, incómoda y casi doblada en dos. La manta es el paraguas que nos deja vivir ese momento, sexo, voracidad impune y una maniquea forma de relacionarnos. Ella también me olfatea y brama. No le gusto, solo me usa. Lo sabemos.

Es una danza en la que nos besamos, nos lamemos, nos mordemos y nos volvemos una. Olemos a vida vertida. Y cada mamada, vamos más allá. Ella responde a todos mis estímulos y no puedo pararla. No quiero. Sé que un día nos iremos desarmando sudorosas y olientes. Inspiro, toso. Inspira, escupe. Trago su flema para volverme madre, mientras insisto en oler mi leche sanguinolenta hasta que la sacia.

Se calma y descansa, levanto la frazada. La acuesto, cubro mi mama herida. Abrocho mi blusa, me seco la frente y la boca, carraspeo, dejo el apetito a un costado, le sonrío, y cuando volvemos en nosotras, madre e hija satisfechas, recién ahí, me acerco a destrabar la puerta.

# Finalistas:

## La trincherade

Luciana Balanesi

Subiste la última caja, estaba pesada, fumaste en el balcón, buscaste mojonos para sentirte menos extranjera. Tenías sabor amargo en la garganta, los párpados un poco hinchados, las uñas cortas. Acomodaste las macetas por color, las plantas quedaron, rubias y despeinadas, radiantes al sol. Estabas ojerosa, y cansada, pero empezaste a ordenar la cocina. Tenías tiempo, tiempo y había silencio para que pudieras hacer todo con tranquilidad y a tu modo. A tu modo podías, por ejemplo, dejar el televisor apagado, o poner un canal de música, tirar ropa arriba del sillón, andar a oscuras o no merendar y comer pastillas de menta. Los chicos estaban en lo de tu hermana con los primos, les habías evitado el agobio de la mudanza; pobres, casa nueva y sin papá. Estabas concentrada desembalando platos cuando una sensación rara se adueñó de tu cuerpo. Tanta quietud alrededor te incomodó. Buscaste el celular, pusiste una canción en youtube y dejando los estantes de la alacena a medio ordenar te asomaste al balcón, había oscurecido. Fumaste ahora mirando el parpadear de las ventanas vecinas.

Dejaste la ropa hecha un bollo afuera del baño, te duchaste, el calefón andaba lo más bien, el agua acarició tu cuerpo, estaba tibia. Cuando te estabas encremando con la loción que más te gusta, respiraste el perfume a almendras y decidiste que

no te quedarías adentro, llorando, te vestiste, bailabas adentro del pantalón animal print que más celoso lo ponía, que lo enojaba, aba, aba, tiempo pasado dijiste. Podías hacer ula ula con la cintura del pantalón, exageraste. El sweater negro, desbocado estaba bien para ir al bar que habías visto a dos cuadras del departamento cuando llegabas en el camión de mudanzas. No te importó el desorden pero hiciste la cama evitando la fiaca de tener que tenderla al regresar. Regaste las plantas, les dijiste bienvenidas a la trinchera, te perfumaste. El reloj marcaba las diez pasadas y eras libre, necesitabas ahogar penas y como estabas harta de aturdir a tus amigas con las conversaciones de siempre sobre los cuernos que te metió, sus maniobras de evasión y tus postergaciones, te pusiste la campera marrón, quedaba divina. Ellas seguirían en sus casas acompañando a sus maridos, hijos, tenían todavía sus vidas de molde. Vos en el ascensor mirándote al espejo le pusiste brillo a tu boca sonriente y carnosa.

En el bar había poca gente, pediste una cerveza, rodajita de limón, trajeron en la bandeja también un cuenco con maníes. La música sonaba a un volumen razonable, la botella se vació rápido, pediste una más, que fueron, con el correr de las canciones y el vaivén de gente, tres. O cuatro. El alcohol te desató la lengua, diluyó tu angustia, aceptaste un cigarrillo al morocho que sentado en la barra y desde que habías entrado te miraba sin parar, ¿cómo se llamaba?, fumaron en el patio interno decorado con guirnaldas de luces, ¿cuánto más chico que vos sería?, un anhelado escalofrío te recorrió la espalda cuando pasó su mano por tu cintura, charlaron a los gritos, bailaron, ¿cuánto tiempo hacía que no bailabas? se rieron, ¿cuánto, que no te reías de ese modo? Los cuerpos se acoplaron a la perfección. Tenía la altura ideal para que le pases los brazos por detrás del cuello, las bocas se imantaron. Se besaron hondo, como cuando ibas a bailar, te acorraló contra una pared, igual que cuando recién te casaste, se dejaron llevar.

Se metieron en el baño. Nadie vio lo que pasó ahí dentro, al rato salieron empapados, alegres, con mucha sed. Se tomaron una cerveza más. Bailaron y fumaron. Amaneció. En la puerta esperaron un taxi, se ofreció a ir con vos pero no quisiste.

Cuando el taxista preguntó la dirección le dijiste la de tu antigua vida, el morocho se encogió de hombros y se fue, lo miraste de atrás, estaba fuerte. Vos también, sino no la hubiera querido seguir. Pidiéndole disculpas al chofer bajaste del auto. Volviste caminando a tu departamento, el encargado estaba baldeando la vereda, silbaba.

# Artificio

de Pablo Carrazana

Solo se distinguen dos siluetas que hablan en la penumbra del lugar. A simple vista alguien pensaría que es una pareja que se juntó a charlar en una plaza, tal vez a disfrutar del sol, pero un plano abierto los muestra en el centro de la escena. Van a decirse cosas importantes y peligrosas. Van a decirse cosas de las que no se regresa, aunque ellos no lo saben, jamás podrían saberlo. Por eso hablan, no con miedo sino con precisión quirúrgica. Eligen las mejores palabras para cada oración. Los gestos muestran que a pesar de toda la tensión charlan con dulzura. Las cosas que nombran son precisas como una flecha que busca su blanco.

Llevan un rato largo así. El sonido es de ambiente, no se escucha ninguna música de fondo sino ese alboroto de las grandes plazas en las ciudades con niños corriendo y animales que ladran. El único murmullo constante es el que mantienen con su conversación. Es un murmullo rítmico, eléctrico. Es como si esos cuerpos emitieran una música triste pero no por eso menos hermosa. Ella tiene la mirada posada en él y sus ojos esconden un brillo que inquieta. Él mira el horizonte repleto de árboles, o tal vez a esos niños que juegan con una pelota cerca de ambos. Hace esto porque sabe que no sería capaz de mirarla. Se distrae con el juego infantil de los chicos yendo y viniendo. Mira todo mientras escucha cada una de las frases que salen de su boca.

Son frases precisas pero oscuras, que también podrían estar en algún libro y él un poco lo piensa, por eso les presta mucha atención. Le parecen las mejores palabras que alguien pudo haber dicho en ese momento. Son como olas cálidas que mojan su piel, que lo acarician al igual que lo hacía ella, con ese gesto que va a desaparecer.

Toda la conversación es un plano y un contraplano. Vemos los cuerpos como animales que eligen su mejor pose para huir del desastre. En un momento ella toca su pierna, pero solo se observa su mano, el plano detalle de una mano que antes también lo había tocado. Él sigue mirando a esos chicos correr y también mira la plaza repleta de gente, cada grupo enfrascado en su mundo y en su realidad. Los colores están bien definidos, el verde del pasto estalla frente a los ojos y es de un tono distinto al verde más sombrío que portan los árboles, como si fuesen testigos tenebrosos de toda la escena. El cielo celeste comienza a apagarse. Cuando él dice algo que hace que ella se alarme, su rostro ya fue alcanzado por la sombra extendiéndose en todo el parque. Entonces el que habla es un rostro hundido en la penumbra. Ella en cambio aún brilla.

Un llanto interrumpe la escena y finalmente los vemos compartiendo el mismo plano. Uno de los niños que jugaba se golpeó y ahora se queja sobre el pasto en una imagen muy rápida que después nos devuelve hacia el rostro de él. Dice algo sobre prender un cigarrillo pero no puede encontrarlos, le es imposible. Otro plano detalle y ahora vemos su boca. Sus labios son pequeños y filosos. Se mueven con soltura mientras pronuncian una serie de palabras que ella escucha. El cigarro en su mano dibuja volutas que se pierden contra el cielo. Ni el paisaje brillando con todo su color, ni la luz que golpea con dulzura los rostros que miran lo que está sucediendo es capaz de amenizar todo lo que sucede. Del otro lado alguien piensa: son pasajeros de un avión que se dirige hacia una tragedia inevitable. Y sigue prestando atención.

En un gesto final ambos se separan después de un largo abrazo que abre el plano. Una música comienza a inundar el aire con una sensación melancólica que empuja a todos los espectadores dentro de sus asientos aunque la película esté ter-

minando. La sala se ilumina después de los aplausos. Alguien mira su celular, otra persona acomoda su pelo, alguien su ropa. Ellos, en cambio, se sonríen. Intercambian algunas palabras y se besan con fuerza. La película ha finalizado. Comienzan a dirigirse hacia la salida. Están tomados de la mano tan fuerte como pueden pero por dentro tienen miedo, tiemblan.



# Desnudez

de Carla Demark

Tengo tanta ropa para lavar, colgar, doblar, planchar e incluso para coser. Creo que la ropa se ha convertido en la nueva plaga. Es como si las prendas nos persiguieran, llenaran los armarios y habitáculos de la casa en pos de colonizarnos, aunque luego, tan poca de ella decida poblarnos el cuerpo. Son objetos históricos, sin dudas.

Dice mi tía Marta, y creo que tiene razón, que si repartiéramos toda la ropa del mundo entre todos, nadie tendría que comprarse ropa nunca más. Es cierto, no sé qué pasaría con los fabricantes de ropa, de telas, con los diseñadores de moda -los chiquitos y los grandes, digo-, con los locales que se reproducen en los shoppings y en la avenida de la otra cuadra. Supongo que dejarían de existir. Pero seguramente comenzarían a dedicarse más al cuidado de la ropa, a la averiguación de los árboles genealógicos ocultos en cada prenda, al karma que traen del usuario anterior, a los parches y modificaciones creativas que podrían aplicárseles para que no sean siempre iguales para todos.

La ropa, además, es demandante. No se queda quietita ahí sin molestar. Nace, crece, se reproduce y muere. Y en el medio, pide y pide mucho. Hay gente que cuida más a la ropa que a sus hijos. Es cierto que está cara, pero los hijos son más caros y

no sé si siempre se los cuida tanto. Creo que la solución, en realidad, sería la ropa descartable, reciclable, biodegradable a la que no hiciera falta ni lavar, ni colgar, ni planchar, ni doblar, ni coser. Debiera ser ropa adaptable a cada cuerpo, estirable y ajustable de manera automática de acuerdo a la necesidad.

Pero hoy no existe. Y yo acá me pregunto por qué debo yo cuidarla a ella y no ella a mí. Porque el problema de la ropa no es sólo que es cara comprarla: es cara mantenerla viva. Litros de agua, de jabón líquido y suavizante, la electricidad de la plancha, el tiempo útil y vital que se nos va entre tanto. Y luego está la metáfora de las medias. Es más fácil que una pareja permanezca junta toda la vida que los pares de medias se mantengan realmente pares. ¿A dónde van en realidad las medias abandonadas? ¿Se las come el lavarropas? ¿Vuelvan con el viento de noviembre? ¿Mueren atascadas en algún cajón? Es un misterio. Como el amor, supongo.

Pero yo amo la ropa. Por eso la mantengo a pesar de todo. Me gusta el olor de la ropa recién lavada y reconozco a la gente por el aroma que se impregna en sus prendas. Es como si fuese un sabueso entrenado. De sólo olfatear una vez un pulóver o una campera, reconozco a la persona a la que pertenece. Claro que debo conocer muy bien a esa persona antes. Es un don.

Quizá por eso no puedo estar con un hombre desnuda. La ropa es mi piel. Al menos, la que puedo elegir. La otra, la de abajo, me parece demasiado frágil, algo irritable y a menudo impregnada de aromas que me resultan extraños. Bajo la ropa me siento más segura, agradablemente decorada, incluso más linda. En verdad, sin ropa no siento que mi cuerpo sea mío. Más bien, se me vuelve una hoja volátil a la que no puedo sostener ni con todo el peso ni la rigidez de mis huesos. Me vuelo. Y eso que no soy una pluma. Ni una media.

Mi abuela dice que eso es porque mi mamá no me quería. Pero debo reconocerle que sí me compraba ropa. Recuerdo un trajecito de *broderie* rosa, suave como un algodón sobre la cara y con aroma a jabón blanco. También guardo todavía un enterito de jean que usé como a los dos o tres años, con pitucones bien cosidos por

ella, por mi mamá, del mismo color que los botones. De vez en cuando lo agarro y lo huelo, para acordarme de mí, o de ella, no lo sé. Yo no me acuerdo de mi mamá. Pero sé que tenía más o menos mi edad cuando me tuvo. Y que estaba sola. Y que luego se fue y me dejó con mi abuela. Yo no sé si no me quería o si en realidad tenía miedo. A veces me parece que el miedo es como la ropa del amor. Pero esto también es un misterio. Como las medias que nunca pueden permanecer juntas o como las madres que se van.

# Para no caer

de Anahí Flores

En algún departamento del edificio encendieron un lavarropas. Intento escuchar de dónde viene el ruido, quién será el noctámbulo. ¿Vos escuchás? Deben ser como las tres de la mañana. Extiendo el brazo y te busco bajo la frazada, toco tu cintura. Bajo la mano y la dejo en tu cola. Aprieto suave pero seguís durmiendo boca abajo. ¿Escuchás?, te digo, mi voz sale gruesa, entrecortada y me doy cuenta de que antes sólo había pensado que te hablaba. Me acerco y me pego desnuda contra tu piel, hundo la nariz en tu cuello, creo que anoche no te bañaste. Me gusta cuando no estás recién bañado, es el tipo de cosas que solo admito a esta hora. Intento moverte pero no reaccionás. Hace meses, cuando empezaste a dormir en casa, te dije que nunca había conocido a alguien que durmiera tan profundo. Es así con vos, me dijiste, vos me relajás. A veces preferiría no relajarte tanto. Vuelvo a tantear, paso la mano de un glúteo al otro, estás un poco transpirado y se me traban las yemas de los dedos. Me deslizo sobre vos y pego el pecho a tu espalda. Me aprieto contra tu cuerpo como si te penetrara con la piel. Seguís sin inmutarte. El lavarropas continúa andando y hasta parece que se hubiera acercado pero debo

ser yo, que estoy más despierta. Cuando empezamos a dormir juntos me llamó la atención que te acostaras siempre boca abajo. Es para que te subas a mi espalda y duermas cubriéndome, me dijiste, y yo no supe si eso era lo más tierno que había escuchado o si me hubiera convenido alejarme. ¿Qué esperabas, que fuera una especie de escudo? Son esas dudas que aparecen al inicio de las relaciones, y si una las deja pasar después ya es tarde. Gateo con mi mano, o mi mano gatea, fabrica un túnel entre el colchón y tu pelvis. Tu espalda se estremece, ¿respiraste más profundo? Mis dedos siguen abriéndose paso y al fin tocan tu pene. Está duro. Sabía que iba a estar así. Tengo la impresión de que chorreo sobre vos pero seguro estoy exagerando. Me bajo de tu espalda y me incorporo un poco, sin llegar a destaparnos, te agarro con la otra mano de las caderas, empujo con fuerza, logro que gires hasta quedar de costado, balbuceás algo que no llego a entender. El lavarropas parece a punto de levantar vuelo. ¿Cómo será estar dentro de un lavarropas? Pensarlo me marea. Me sumerjo bajo las frazadas, los sonidos quedan lejos. Tus manos se apoyan sobre mi cabeza, me revuelven el pelo pero enseguida se aquietan. Olfateo tu abdomen, huele a trigo. Me gusta que huelas así. Apoyo mis labios en tu panza, cerca del ombligo, me contengo para no mordisquearte. Podría morderte, es lo que quiero hacer, pero no. Voy bajando y llego a ese lugar donde comienza el vello púbico; bajo un poco más, te sigo oliendo. A través del olor se conocen tantas cosas. A través del olor te reconocería aunque estuviéramos en una multitud y a oscuras. Mis labios tocan tu glande, está húmedo y viscoso, paso la lengua despacio como si estuviera andando por un suelo mojado y tuviera que poner atención para no caer. Podría demorar el momento de chuparte, dejarte dormir un rato más mientras te acaricio con los labios de forma tan suave que creas que es un sueño, incluso es posible que estés haciendo fuerza para no

despertarte. Quién sabe mañana, mientras pongas la pava al fuego y prepares un mate, me cuentes un sueño con una desconocida que aparecía de la nada y te lamía hasta hacerte acabar. Tal vez me lo cuentes sin mirarme, la vista fija en la yerbera, o buscando la bombilla en el cajón. No imagino que lo hagas mirándome a los ojos, no. O tal vez no me cuentes nada, prefieras guardártelo para vos como yo me quedo con tu esperma que me llena la boca mientras dormís y me embriaga y me hace tragarte completo.

# Elecciones

de Sofía Granitto

No soy una persona sensible: me cuesta mucho llorar, no me emociono en actos escolares, ni con películas emotivas. Por eso me tomó tan desprevenido estas lágrimas que no paran, este nudo en la garganta que casi no me deja tragar.

El tema empezó cuando me quedé enganchado con la charla que tuve con mis hijos durante el almuerzo. Desde hacía una semana que el tema de conversación mientras comíamos era el de las elecciones. No, no hablo de presidente de acá ni los yanquis, ni nada parecido.

Mi hija cada mediodía me enfrentaba a dilemas tales como: Pa, qué preferís: ¿no tomar nunca más cerveza o nunca más fernet? ¿No comer nunca más asado o no comer pizza? ¿No ver nunca más a River o no ver a la Selección? Y así una serie interminable de decisiones imposibles, que al final terminada respondiéndole cualquier cosa, total sé que no va a suceder, que por suerte nunca me voy a tener que enfrentar a una encrucijada de tales magnitudes.

Pero aun así me quedé pensando, de dónde sacan esas encuestas maquiavélicas y por qué me ponía mal el sólo pensar en que alguna de las dos cuestiones a elegir podría llegar a suceder.

Nunca me gustaron los nuncas, ni los jamases. Prefiero los siempre. Igual cuando se lo dije, me la dio vuelta y la pregunta fue: ¿Preferís comer siempre chocolate o siempre helado? Y me cagó.

En fin, venía pensando en que por suerte no nos enfrentamos a esas dicotomías en forma real, que sólo es un juego de una nena de diez años durante el almuerzo. De pronto me acordé. Fue al pensarme yo mismo con diez años y tratar de recordar si jugaba a juegos mentales o de qué se hablaba en casa durante el almuerzo o cena.

Casi no se hablaba, sobre todo cuando papá volvía de la oficina con mala cara: entraba sin saludar, dando un portazo y subiendo a la habitación a sacarse la corbata y los mocasines. Mamá actuaba en forma natural, como si no la afectara para nada esas entradas intempestivas y malhumoradas y seguía cocinando. Me pedía que pusiera la mesa en voz baja, y sólo lo llamaba cuando la comida estaba servida en la mesa.

La escena particular que recordé comenzó así, con esa llegada de papá: incómoda. Cuando mamá me pidió que subiera a avisarle que la cena estaba lista, lo hice a medias. Llegué hasta la mitad de la escalera, viendo que la luz de la habitación estaba apagada; en tono alto dije "a comeeeeer". Y volví a la seguridad de la planta baja, luminosa y con el aroma de la lasagna de mamá.

Nos sentamos los dos a la mesa, esperando. Mamá no quería servir si él no estaba, era de mala educación, me dijo. A mí me parecía más mala educación no ir enseguida cuando te avisan que la cena está lista.

Bajó a los diez minutos. La lasagna ya estaba fría. Se sentó sin mirarnos y empezó a comer vorazmente en cuanto se le sirvió. Tomó un sorbo de vino sin limpiarse la boca antes y siguió ensimismado en su plato. "Le falta queso". Terminó el plato con esa frase y volvió a subir. Nos miramos con mamá, ella hizo un movimiento leve, levísimo con la cabeza hacia un costado, y juntó los labios, como diciendo "qué le va-



mos a hacer". Y siguió tragando, sin decidirse nunca, sin decantarse por una decisión difícil, pero necesaria.

# Redonda Inocencia

de Sylvia Hart

*Cuando mordemos  
tu redonda inocencia  
volvemos  
por un instante  
a ser  
también recién creadas criaturas:  
aún tenemos algo de manzana.1)*

Marisa se escapó por la ventana de su dormitorio. Era verano y todos dormían la siesta. El calor del mediodía los obligaba a buscar refugio adentro. Mamá y Papá estarían también durmiendo. Las chicharras no daban respiro. De aquel lado el olor a humedad penetraba sus papilas. Ella caminó a lo largo de la pared con ventanas, agachándose al pasar cada una. Luego tomó el camino entre los frutales. El perfume de las manzanas era intenso, tantas colgando de las ramas y tantas otras en el piso. Tanta pérdida. ¿Por qué nadie las recoge? Olvidó su misión y comenzó a levantarlas del piso. Tenía seis bolsillos y llenó a cada uno con una manzana con un color rojo pleno. Debió tirar muchas entre picadas por los pájaros y presencia de gusanos. La última y más reluciente fue a parar a su boca. ¿Por qué será que se llama fruta prohibida? A Eva la echaron del Paraíso y a Blancanieves la dieron por muerta con solo un bocado. Mientras comía la exquisita manzana. Las chicharras seguían su canto. Por debajo de las ramas apareció José a quien ella estaba buscando. Llevaba un arco y unas flechas.

—Hola Marisa ¿cómo estás?

—Bien, bien, José ¿y vos?

—¿Querés jugar a Guillermo Tell?

—¡Estás loco! ¿Quién se pone la manzana en la cabeza?

—Yo soy el que tiene mejor puntería, así que mejor que seas vos.

Marisa lo miró muy seria. Él tenía una pequeña sonrisa burlona. Era un año más chico que ella pero la superaba en experiencia de vida. De ciudad no sabía nada pero en el campo se movía como pez en el agua. Tenía paciencia y esperaba la respuesta de Marisa. ¿Quería jugar o no?

### 1) NERUDA, Pablo, *Oda a la Manzana*

—¿Querés jugar o me das un beso?

Confiaba pero no del todo en su puntería y le sorprendió el pedido del beso. Las dos opciones alarmaban. Marisa pensó rápido en otra alternativa.

—¡Te juego una carrera al río!

Salió ella corriendo y atrás José. A través del bosque virginal ella logró separarse de él. Paró un momento para encontrar el camino a la casa. El viento y el sol hacían bailar las hojas. Las chicharras no paraban y por primera vez escuchó las cotorras con su incansable parloteo. Decidió su rumbo y al darse vuelta se topó con José. Tenía la boca abierta y los ojos enfurecidos. La tomó por los brazos y la tiró al piso. Se arrojó sobre ella y le robó un beso. Se levantó y oscureciendo el lugar, le gritó:

—Eso es todo nena ¿qué estabas pensando?

Marisa quedó escuchando los pasos que se alejaban. Todo su cuerpo temblaba con crueldad. Había pasado la manga por su boca y seguía intentando sacarse algo que todavía sentía. Luego bajó los brazos y escarbó el barro hasta que sus uñas quedaron hechas tierra. José había sido su amigo. Todo se quedó quieto. El viento se había detenido. Las chicharras y las cotorras habían silenciado. Era imposible saber si el tiempo se había detenido también.

# Salida con traspié

de Sergio Simionato

La mina lo agarra con la guardia baja y le copa la parada, avanzándolo justo cuando empieza a sentir que la noche se cae a pedazos. Hipnotizado por el compás de una orquesta cadenciosa y enredado en las piruetas de las piernas de la dama que lo aprieta contra su cuerpo con firmeza, Rodríguez se deja llevar por el ritmo de los bandoneones de Troilo que coquetean con el piano de Pugliese.

Parece mentira que se sienta tan lejos de irse a apoliar, siendo que minutos atrás creía que era su única opción. Antes que pueda reaccionar se encuentra amoldado contra la silueta de ella que exhibe seguridad y soltura, induciéndolo a fascinantes firuletes que terminan con su resistencia inconsciente. Enseguida la calidez del baile lo aísla de cualquier cosa que exceda los límites de ambos cuerpos y almas, que pronto serán un cuerpo y un alma. La mujer no despega la mirada de la suya, absorbiendo su voluntad, su rebeldía, su albedrío. Percibe su aliento enloquecedor, su perfume hipnótico, mientras atina a mirar hacia abajo. Allá lejos, cerca del piso, sus propios pies se mueven igual que los de un diestro bailarían, cual rey del compás, siguiendo el ritmo con la ligereza de quien solo respira o estornuda. Descubre que ambos zapatos se mueven por propias motivaciones, desestimando cualquier mensaje

que les llegue desde la cabeza y complementando los movimientos de los empeines de su acompañante que dispara puntas y talones con una precisión envidiable.

De pronto, nadie parece gobernar la pareja, que ya ha perdido total identidad. Conforman un sólido artefacto con varias piernas y brazos, que se acoplan y se mueven como si fueran dirigidos por un mismo corazón. Una nube roja rodea todo el mecanismo abrigándolo con su tibia pasión. Dentro de la bruma él se descubre absolutamente abrazado por un dragón con vestido negro y tacos aguja, que lo envuelve en círculos a la altura de las rodillas, cadera y pecho. Ha perdido cualquier tipo de potestad, aceptando cada giro con tanta resignación como si estuviera arriba del samba o de un avión con turbulencias. Sin embargo, es una resignación agradable y consentida. Rodríguez siente que la situación que rige en ese instante se vuelve eterna e indisoluble. Las respiraciones de ambos tórax se han vuelto simétricas por lo que, cuando un pecho avanza el otro retrocede y viceversa. Tiempo y lugar han dejado de existir para esa amalgama que se desplaza sin titubeos por la pista, rodeada de llamaradas y vapores. Van y vienen con sus pelvis unificadas, sus piernas dando estocadas fatales y sus torsos gráciles. Rodríguez siente que lo toman con fuerza de la cintura y luego de la cadera, propinándole un poco más de pasión a esa fragua incandescente que ahora gobierna sus movimientos.

De pronto, los últimos compases de aquel tango inmortal detonan el final y lo dejan absolutamente conmocionado en el medio de la pista como si la electricidad hubiera dejado de emitir tensión. La mujer de a poco lo va soltando con una sonrisa irrepetible. Él intenta chamuyarla para que se quede, pero no sale nada. Ella agacha la cabeza en señal de agradecimiento, gira y se aleja zigzagueando entre el resto de las parejas que allí se encuentran, dejando la estela de su perfume tras su partida. Él apenas da unos pasos en un intento por retenerla aunque sabe que es en vano. Que ella debía existir para hacerlo enloquecer apenas unos minutos y luego desaparecer de su vida como esas cosas que nunca se alcanzan, abandonándolo exactamente entre la agonía de la pérdida y la euforia del recuerdo indeleble.

Cuando ella se pierde entre la gente se siente vacío como si le hubieran hurtado el alma o algún sueño importante. Se toca el pecho buscando huecos o faltantes, pero no logra detectar pérdidas. Luego revisa el bolsillo trasero y allí descubre la ausencia. Parece mentira pero en medio de tanto giro apasionado, en medio de tanto romance coreográfico, la mujer le acaba de afanar la billetera.

**Menores de 25 años**

# Ganadora:

## Amado

de Paulina Bonino

Mi sobrino Amado entra a mi cuarto, alza los brazos para que lo levante, en la boca tiene restos de leche que limpio con el puño de mi buzo. Le señalo la tele y pregunto si le gusta lo que estoy viendo, él asiente y se queda acostado sobre mi panza un rato. Miramos la propaganda de ventas en silencio. Luego dice: qué cara está esa olla antiadherente (pronuncia de manera perfecta *antiadherente*, cosa que a mí me cuesta). Yo digo: sí, está muy cara esa olla (evito decir *antiadherente*; se me quiebra un poco la voz), pero mi sueño, Amado, es comprarla...

Escuchamos: *"los bordes altos evitan salpicaduras, perfecta para dorar mis costillas campestres. Cocínalas a fuego lento con una soda, cúbreelas con salsa barbacoa"*.

La naricita de mi niño (que no es mío pero cuando no hay nadie me gusta llamarlo así), está llena de mocos o, mejor dicho, de agüita y más arriba tiene los ojos llorosos. Me mira, con la boca abierta, es un respirador bucal nato. Confiesa desearla también y agrega algo que me hace quererla aún más: me dice que esa olla se lava solo con mirarla y guiñarle el ojo. ¿Cualquiera de los dos ojos?, pregunto y él asiente y luego dice: cualquiera de los dos, cualquiera de los dos. Entonces Amado saca su celular que sobresale del bolsillo de la remerita y me lo da. Empiezo a marcar el 0800 que aparece en la pantalla. Él me dicta pero ni siquiera noto que es gracias a Sprayete que aprende a leer.

**0800 987 123**



Nos atiende una máquina. Pongo el altavoz: *buen día, gracias por comunicarse*. Con Amado sonreímos. *Aguarde un momento por favor, expresa*, y mi niño quiere que le pregunte a la máquina si está bien y yo le pregunto cómo está, pero nos responde inmediatamente con música de consultorio de dentista. Nos miramos y asentimos a la vez, con la cabeza como diciendo "sí sí sí": nos damos cuenta de que esa máquina está sufriendo. ¿Qué hacemos?, le pregunto a mi sobrino en voz baja y él me responde ¿qué?, porque no escuchó bien así que le repito mi pregunta. Se queda pensando unos segundos, se le cae un poco la baba. ¿Y si compramos una Essen?, propone finalmente. También son muy buenas, respondo.

# Primera mención:

## Chúcuchu-chucu

de Rommel Landinez

Entró y lo vio inmediatamente, de color marrón y con un sonido salvaje pero domado. Una algarabía que imitaba el feroz sonido de los caballos en el llano apureño al colear al ganado, sinónimo de la libertad del vaquero imponente dueño del paisaje ignominioso, aunque inadvertido ante los ojos de la criatura que contemplaba embesada. David tenía 4 años, una curiosidad incómoda para muchos y orgullo culposo de su madre, quien ante la insistencia del niño decidió llevarlo a la escuelita del barrio, donde sonaba diariamente el cuatro del director Navarro.

Entre gurrufios y perinolas estaban Navarro, David y su madre, con un cuatro que los separaba y un pajarillo sonando desde la estrella de la reunión. David se acercó miedoso ante el indómito cantor de cedro y nylon, que usaba a quien lo portara como instrumento de su cantar irrefrenable. “¿Qué pasa, vale? No seas bobo, chico, y pasa que el cuatro suena sabroso” decía Navarro mientras David avanzaba cauteloso.

Chúcuchu-chucu en bambuco imparable, asomaba la calma antes de la tormenta métrica del joropo, que los golpes que recibía impoluto el cuatro presagiaban. “¿Y lo puedo tocar?” y por toda respuesta lo tenía entre sus manos. Chúcuchu-chucu imitaba con cierta torpeza, aislado del caos infantil que lo rodea. Chúcuchu-chucu, chúcuchu-chucu, chúcuchu-chucu. Así pasaron 5 minutos tocando sin entender nada, enamorado del rasgueo de esas duras cuerdas que lastimaban los dedos, pero enamoraban su corazón. 5 minutos eternos en sintonía con el chúcuchu-chucu del cuatro.

Y después del destello de música, devolvió el animal a su dueño, único domador del indómito. Lo rasgueó con maestría y quizás con arrogancia, mientras da paso al joropo, ritmo característico del llano, pues confabula todas las leyendas y mitos en la música del sueño. Chúcuchu-chucu suena el cuatro, con un niño extasiado y una

madre orgullosa como espectadores presentes, pues los niños ignoran el hechizo que acaba de nacer.

Chúcuchu-chucu sonaba el cuatro y Chúcuchu-chucu sonaba el corazón de David.

## Segunda mención:

### Dudé en volver

de Malena Escobar

Alcé a Manu y a Cata y los subí al auto. Les abroché el cinturón y les puse una mantita para que no tuvieran frío, era de madrugada y todavía el sol no había salido. Me detuve a mirarlos dormir abrazados a sus peluches preferidos, tranquilos, como si nada fuera a hacerles daño. Con la mano derecha sequé mi llanto y cargué las valijas. Mis lágrimas seguían cayendo pero ya no las secaba, algunas las chupaba y otras continuaban su trayecto hasta mi pecho, se metían entre mis tetas y ahí se detenían.

Dejaba mi casa atrás, mi vida. Mi gata Clara y mi perro Omar encerrados en el jardín maullaron y ladraron mi partida. Por una cuadra los escuché, dudé el volver, no podía.

Los primeros rayos de la mañana empezaban a dar en mi frente. Las gotas de transpiración caían y se mezclaban con las de tristeza. Manu y Cata todavía dormían, los veía de vez en cuando por el espejo retrovisor. Sin perder de vista la ruta, miré de reojo el asiento del acompañante y agarré mi celular. No tenía ningún mensaje, lo apagué.

Verifiqué por los espejos que no viniera nadie y me subí a la banquina. Frené al costado de la ruta, en el pasto. Apoyé mi cabeza en el volante e hice fuerza con la cara conteniendo mis ganas de gritar o bien gritando internamente. Abrí la puerta y me dejé caer de rodillas. Respiré hondo, caminé en círculos. Me calmé, volví a subir y arranqué. El ruido del motor despertó a cata que me preguntó si ya habíamos llegado. Mi voz entrecortada no me dejaba responder, a lo que ella volvió a preguntar. *Perdón mi amor, falta un ratito* le respondí.

El sol ardía sobre mi brazo izquierdo apoyado sobre la ventana cuando pasamos por la vieja fábrica, sobre la ruta. En realidad no era una fábrica, porque ahí solo se hacían terminaciones. Esa era la frase de cabecera de mi papá cuando con mi hermana le pedíamos ir de excursión. Cuando yo nací ya estaba abandonada. Después crecí y la usábamos de punto de encuentro con mis amigos, cuando algunos aprendieron a manejar.

Ya era media mañana y los chicos querían estirar las piernas. Estacioné en la fábrica, ellos bajaron corriendo. Yo abrí la puerta y los miré alejarse sentada en el auto. Después de un rato me acerqué caminando lento a la montaña de escombros donde estaban jugando. Cuando me vieron, volvieron corriendo. Me llevaron de la mano a la parte trasera del lugar, había una pila de bicicletas abandonadas. Manu me miró y me dijo que ya no teníamos que seguir preocupándonos por el gasto de la nafta, que llevarnos una bici para cada uno era nuestra solución porque, además, también ayudábamos al medioambiente. ¡Ah! ¿Si? Le dije yo, ¿y dónde metemos las valijas? ¡No pensaste en eso, eh! Me miró con cara de extrañeza, le sacudí el pelo y le dije que volviera a jugar.

Empecé a caminar por el lugar sin perder de vista a los nenes. El pasto crecido de las uniones de las baldosas me hacía cosquillas en las rodillas y tenía que ir esquivando restos de botellas, forros usados y jeringas rotas. Cuando volví del trance de la caminata melancólica adolescente, miré a los costados y los chicos ya no estaban. Me saqué las ojotas y empecé a correr por los pasillos, a trepar escombros, a gritar.

Bajé, subí y volví a bajar. En medio de la corrida, un cable suelto me cortó el brazo. Apareció un señor abrazado a su perro gritándome desde lejos que me fuera, que esa era su casa. Corriendo en dirección contraria y sangrando, me fui. El corazón de tan fuerte que latía ya no lo sentía y la transpiración helada me abombaba. Haciendo un movimiento de robot corrí los pastizales para pasar más cómoda, me acerqué a la zona del auto. Escuché sus risas.

# Finalistas:

## Las Luces Bajo El Puente

de Félix Amadeo

### Argentina, Provincia de Buenos Aires, Bahía Blanca, año 2041

La ciencia tenía razón. El ecologismo y sus seguidores intentaron advertirnos pero no quisimos ver. Hace diez años los mares del mundo se tornaron ácido verde, tan verde como el pastizal de las rutas argentinas que conocimos al llegar al país con Haru.

—¿Vas a terminarte el cigarrillo, Fuji? —dijo ella.

Contemplé el pastizal un rato más hasta consumirse el cigarro electrónico, ¿quién sabe cómo estará nuestro amado Japón ahora? La tecnología que atravesaba los mares continentales acercando internet nos separó completamente, las identidades aisladas en aleatorios países dependiendo qué tierra pisaste cuando todo cambió.

—Regresá al auto flotador que te estás perdiendo StreamTV

—exclamó enfurecida.

A veces siento que Haru me culpa por elegir este país como destino hace diez años. Nos conocimos un año antes y el amor nos llevó a expandir nuestro negocio

sustentable al otro lado del mundo. Nada es perfecto cuando das por sentadas las cosas.

—Ya me aburrí de ver ese puente —dije sin titubear.

—Vamos, sabemos que es la única transmisión, también una luz

—aceptó Haru.

Para mantener vínculos políticos mundiales, se consensuó la construcción de inmensos puentes atravesando todos los mares del planeta, las potencias lograron los más seguros y otros como el de Argentina-África ganaron fama por los peligros que aguardan. Pienso en "Stream TV" en fin como el morbo de una nación transmitiendo la desventura de quienes quieren cruzar en tiempo real.

—Sí, esperemos que solo una luz, yo vi mutantes vagabundos

—exclamé.

—No seas tonto, ¿crees en todo lo que ves? Quizás lo retocan digitalmente —expresó Hari.

Haya lo que haya, los bolsos estaban armados y no estábamos en la ruta por nada. Era hora de regresar a casa. Cuando el automóvil flotante llegó al Puerto, divisamos el gigantesco y voluptuoso puente. La transmisión de "StreamTV" nos filmaba en vivo para todo el país ya, las veinticuatro horas lo hacía. Los mutantes saludaban.





# *Flâneur* cibernético

de Fermín Chiardola

Con acceso a cualquier dispositivo con conexión a internet tengo la potencialidad de convertirme en un paseante o flâneur. Estas figuras paseaban sin ninguna razón aparente por las grandes ciudades, pues ofrecían una gran cantidad de percepciones. Galera, bastón, vestimenta negra y una camisa blanca muy chistosa es lo que los caracterizaba. Se me hace inevitable imaginarlos sin un bigote largo y curvo en sus puntas repleto de saliva. Yo también tengo una serie elementos análogos: auriculares-galera, camisas chistosas, un packer-bastón y un bigote de puber sin saliva (o tal vez sí).

Las ciudades cibernéticas son la condición de posibilidad para encontrar reconocimiento, percepciones, estímulos, información, porque sin esta posibilidad estaría perdido. Paseo por las calles-redes de los grupos de Facebook, los usuarios de Instagram, videos de YouTube, videos pornográficos, blogs, para buscar testimonios de otros, para verlos y en ellos verme a mí mismo. Tal vez lo que diferencie a un flâneur y a un chico trans sea que yo busco algo en estos paseos, aunque fantaseo con que los paseantes querían, entre la vorágine de gentes y cemento, ver a otros como ellos.

Soy un flâneur cibernético porque si me quedara con las películas, series y experiencias masivas, me encontraría con las manos vacías. Soy un flâneur cibernético porque hay chicos trans que cuentan sus trayectorias, sus miedos y alegrías. Soy un flâneur cibernético porque compartimos este paseo por ciudades infinitas, como si camináramos a pie por todas las calles del mundo en busca de todo y nada. A partir de las imágenes, escritura, y memoria, escritas y capturadas de su propia piel, en primera persona, ya no tengo tanto miedo, y además de pasear cibernéticamente, paseo por las calles de cemento siendo Yo.

# Miradas que matan

de Genaro Fliebig

Ella lo observó al instante. Desde allá arriba, desde el balcón de su departamento de esa enorme y horrible ciudad. Se podría decir que lo flechó. Aunque él ni cuenta se dio, luego sí. Había tantas personas en aquella calle pero Cirila solo tenía ojos para ese chico. Por esa mirada tan penetrante, se puede dilucidar que se conocían, que algo hubo entre ellos o simplemente (también patéticamente) se había enamorado a primera vista. Le clavó la mirada, así de simple.

¿Por qué no le devolvía la mirada? Cirila enfurecida, con sus pupilas totalmente dilatadas, lo seguía a todas partes sin vacilar a pesar de la muchedumbre que desfila por las veredas. Veredas grises, opacas, con algunas manchas verdes. Aquella flor seca, sin desviar sus ojos, de forma lineal y tan directa lo encontraba a cada momento. Lo apuñalaba segundo a segundo.

El aire se cortaba con una cuchilla. Todo fue gris, el sol se escapó, la oscuridad llegó. El silencio apareció en la escena de forma estruendosa, la gente de golpe no estaba. Solo ellos, Cirila y aquel joven desconocido (y conocido). La traición había entrado por la ventana, un sufrir intolerable se apoderó de su cuerpo mientras sus parpados no dejaban de temblar. Tanta furia ahí dentro, tanto dolor. Entre llanto y

quejidos, a cada parpadeo era como puñaladas que caían sobre aquel chico. Aquella joven por fin se había curado.

Jamás lo dejó de ver y cuando él se dio cuenta de quién era, fue tarde. Se encontraba tirado en la vereda rodeado de sangre.

# Nirvana

de Catalina Ghigliani

Los padres se arrepintieron al instante de la cercanía, cuando entendieron que sus casas se habían convertido en los hoteles de las dos amigas que hacían uso de ellos con total libertad, pues los adultos nunca decían nada. Solamente una vez estuvo el intento del más serio que una tarde llamó a su hija, la sentó, y sin dar más vueltas soltó una enredadera de palabras que se aferró a la pared de la cocina hasta taparla por completo; de nada sirvió, la hermosa planta fue cortada brutalmente por el revoleo de los ojos grandes con pestañas intensas de la muchacha.

La casa de la joven con los ojos inmensos abría la cuadra, que en realidad eran como cinco pero nadie lo notaba. La casa de la amiga la cerraba, era la última y más allá no había rastros de Nirvana. Esa característica, su falta de una salida, hacía que no fuera muy transitada. "La calle desierta", decían las amigas que se sentían como dos fantasmas cada vez que la caminaban. Casi nunca se cruzaban con nadie, los vecinos preferían quedarse encerrada en sus construcciones lujosas o pasearse dentro de los autos caros que cambiaban cada año. Mientras, las amigas que de tan amigas eran como hermanas, pintaban el camino con cada paso. Una con sus Nike blancas, que de blancas ya no tenían nada; y la otra con sus converse negras de plataforma

con las que intentaba parecer más alta. Iban y venían todo el tiempo, generalmente, en los horarios de la comida. Los vecinos las veían cruzar Nirvana de principio a fin, en bici o a pie, de un hotel a otro. El cambio de hospedaje era un misterio para el resto, que suponía, se trataba de turnarse para no agobiar demasiado a ningún padre. La realidad era distinta: ellas iban a la casa que ofreciera la mejor comida. A las amigas les gustaba comer como reinas.

Ya era rutina pasearse por aquella cuadra que ellas consideraban más su hogar que la casa del inicio y la casa del final. Estaban soñadas, caminando bajo esos árboles altos y verdes que no las dejaban ver el cielo; o tan naranjas que las hacían sentir en otro planeta; o más pelados que anaranjados pero que tapaban tanto el camino que uno yano sabía dónde estaba pisando; “el colchón de las hojas de otoño” lo llamaban las amigas, que anunciaba la llegada del invierno con la cual venía la pelada de los árboles y el desierto de la cuadra, que de todas formas seguía siendo hermosa. Las estaciones cambiaban pero las muchachas continuaban caminando y no podía faltar la casa amarilla que siempre las observaba.

“El tipo raro”, le decían las amigas, y cada vez que pasaban por su casa el eco de sus risitas inundaba toda la cuadra. La casa amarilla quedaba junto al hotel del final, siempre abierta de par en par como si todo el tiempo se estuviera ventilando, pero no era posible que aún quedara humo entre esas cuatro paredes, hacía rato ya que había ocurrido el incendio que la hizo arder como nunca. Ojos fantasmas observaron el fuego desde sus ventanas aquella tarde pero ni un alma salió a la calle ese día ni ningún otro. Para las jóvenes, todo el humo que las llamas habían dejado se escondía en la cabeza del tipo raro, por eso se comportaba como lo hacía. Se sentaba y miraba, las veía ir y venir y ellas sabían que él las observaba, no le decían nada solo reían y se susurraban “es todo ese humo que lo hizo tan raro y pervertido”. Luego una de las amigas volvía reír y se repetía a ella misma “es por todo ese humo nada más”.

Un día, las jóvenes dejaron de pintar con pasos la cuadra. Sus cuerpos desaparecidos y sus risas convertidas en silencio pesaban más que nunca. El tipo raro ahora

con dos costillas rotas, que se rumoreaba el padre serio le había dejado, continuaba mirándolo todo.

Lo que las jóvenes olvidaron fue que el tipo con cabeza de humo no era el único que las observaba, pero sí el único que se dejaba ver. Detrás de esas construcciones lujosas y de esos caros autos, con vidrios polarizados que parecían ser manejados por fantasmas, se escondían los ojos culpables de tal tragedia.



# Nunca tengas un gato

de Martín Mader

Recuerdo este suceso como si fuera hoy, no le desearía esa sensación a ninguna persona que habite la Tierra, ni siquiera a mi mayor enemigo si tuviese en algún momento. Tuvo sus consecuencias, son incontables las veces que la historia se repitió. Ahora puedo decir que descanso tranquilo, no solo los días que despierto a su lado, sino también las noches que duermo solo. Me desperté sobresaltado, me incorporé y quedé sentado sobre la sábana, a medio tapar con el acolchado azul. Giré hacia la derecha, en la mesita de luz sobre una pila de libros se apoyaba el celular cargándose. Por la luz del sol que ingresaba por la ventana supuse que eran las ocho de la mañana. Estaba en lo cierto, al prender el velador y agarrar el móvil constaté que faltaban cinco minutos para que suene la alarma a las ocho.

Me acosté, miré el techo, sentía que me estaba pasando algo, no estaba lleno. Tenía una sensación rara, mi pecho estaba duro, mis dientes al morder generaban una presión sobre los ojos, a su vez, estaba transpirado. Con la mirada fruncida y la pierna izquierda, por causa de la inquietud se movía ligeramente. Cuando me acosté de costado supe lo que pasaba en mi interior. Me levanté, agarré la ropa del perchero y me cambié, corrí por el pasillo, ya que mi habitación se encontraba al final de éste. Corrí tan rápido esos diez metros que me agité, no me encontraba en mi mejor momento

respecto al estado físico. Agarré las llaves, abrí la puerta del comedor y salí al patio. Visualicé el césped, las plantas, la pileta y el portón que daba contra la contracalle. No lo veía por ningún lado.

Pensé que podría estar en el quincho, grité su nombre tres veces, sin embargo, su silueta no aparecía. Ahora, sabe que al primer grito debe obedecer, lo acostumburé y ejercité tan bien que me considero el mejor de los "adiestradores", el mejor profesor y padre. No estaba en el quincho, en ninguna de las piezas de adentro. Había pasado por delante del sofá y tampoco estaba allí ¿Dónde estaba? En este momento quisiera que esté debajo de la mesa jugando con su juguete y revolcándose por el piso para que le haga cosquillas, aunque soy consciente de que los años han pasado y esa escena no volverá a repetirse. Esa mañana recorrí el patio, tampoco estaba escondido entre los arbustos y los árboles, no estaba detrás de la pila de ladrillos. Salí a la calle, miré para ambos lados y tampoco estaba. Chiflé, grité su nombre, aplaudí, nada. La cuadra se encontraba envuelta de un silencio abismal, desolador. Vencido, con un paso lento y cabizbajo entre casa, tomé un vaso de agua, pensé en llamar a la policía o publicar en el grupo de los vecinos, no sabía bien qué hacer. Me senté en la mesa de la cocina y abrí el celular, entré a Instagram para hacer tiempo y ver si aparecía, pero en el inicio lo vi. Pestañeeé dos veces, me pellizqué, no podía ser cierto lo que estaba viendo. Allí estaba el muchachito, descansando con su madre. Me había olvidado que el viernes lo había dejado en casa de ella, esto de descansar solo siendo padre separado era muy reciente en mí.

# Un Sueño

de Franco Oreskovic

Las noches de tormenta eran las más duras. El incesante sonido de la lluvia precedido por los potentes estruendos de los truenos. No estaba solo, estaban mis compañeros, pero ellos tenían más miedo que yo. Me hacía falta alguien, alguien que me hiciese sentir seguro, que me dijera que todo iba a estar bien. No había tal "alguien" acá, solo había chicos asustados.

Todo eso va a cambiar hoy, estoy seguro. La señorita Gordillo me dijo que me bañara y me pusiera la ropa linda, esa que casi nunca visto. Ellos llegarían por la tarde. Tengo que impresionarlos, esta es mi oportunidad. Esto es lo que mas anhelo en la vida. No puedo dejar de imaginar lo bonito que sería sentarme en la mesa a cenar, contarles como me fue en mi día, que hice en la escuela, que me pasa por la cabeza. Que divertido sería sentarme a ver con ellos ese programa cómico que dan a las 9. Que interesante sería hacer esas otras cosas que hacen las familias las cuales ni siquiera conozco. Todo eso estaría bien, muy bien, pero que acogedor sería tenerlos a mi lado en las noches de tormenta, esas que tan nervioso me ponen.

Gordillo me manda a llamar ¡No puede ser! ¿Ya están acá? Que nervios... ¡Tranquilo, Martín! No te alteres. Respirá hondo, parate y atravesá el pasillo. Perfecto, aho-

ra solo queda pasar por la puerta. Ay, qué cosa, que sensación. Gordillo me ve inmóvil y ella misma me toma de los hombros para arrearme dentro de la sala. Hay 2 personas sentadas mirándome fijamente ¡No puede ser! ¡Son ellos! No puedo evitarlo, me acerco a ellos y les doy un abrazo. Ellos ríen. Nos empezamos a conocer. Son 2 excelentes personas, llenas de amor y bondad. Estoy como embobado, hipnotizado. Creo que les caí bien, no paran de hablarme y preguntarme que cosas me gustan ¿Hace cuánto alguien no me preguntaba una cosa así? Que sensación tan placentera.

Pasado un rato largo Gordillo me dice que me despida de los señores y vuelva a mi habitación, que tenía que conversar unas cosas con ellos. Yo no quería hacerlo, no quería despedirme ¿Y si nunca más los veía? Qué horror... Bue, no queda otra. Del mismo modo en que los abracé cuando los conocí lo vuelvo a hacer ahora. Gordillo me conduce hasta la puerta para que salga. Se suponía que me vaya a mi habitación, se suponía. Pego mi oreja a la puerta para escuchar ¿Qué dicen? Entiendo palabras sueltas. Lindo, encantador ¿Hablan de mí? ¡Ojalá! Un segundo, esa frase si la escuche bien. "Lo queremos adoptar"... ¡Lo queremos adoptar! ¡Sí! ¡Por fin! ¡Por fin se vuelve realidad! ¡Por fin voy a tener una familia! Esto es increíble, es como un sueño. Un sueño. Un sueño...

¡RING-RING-RING-RING-RING! ¡Santo Dios! ¿Qué es eso? Me suena tan familiar ¡RING-RING-RING-RING-RING! No para, y además es tan molesto. Un momento. No me jodas...

Abro lentamente mis ojos. No puede ser verdad. Esto tiene que ser un chiste. Miro a mi alrededor desconcertado. Veo a todos los chicos levantándose. En realidad, tiene sentido. Todo era demasiado perfecto, demasiado bueno para ser cierto. Todo fue un sueño, un gran y doloroso sueño.

# Al Final del Pelotón

de Axel Rovner

—La vida es una carrera que gana el último en llegar a la meta, aunque todos nos llevamos el primer premio, Turco. Nosotros, por suerte, estamos al final del pelotón —soltó aliviado Emilio, mientras dejaba caer lo que quedaba de su cigarro al suelo.

A lo que El Turco respondió:

—Claro, entonces, como todavía estamos vivos, significa que seguimos en carrera, por lo que si hago bien los números, asumo que el primer premio, es...

Emilio lo interrumpió:

—La muerte, Turco, el primer premio es la muerte.

—Entre asustado y ansioso —el Turco continuó—. La muerte, claro está. Pero sentime en esto que te digo, Emilio, no se puede correr toda la vida, y eso que te lo dice un pibe codicioso como pocos. Pero la verdad que tus planteos me dejan pensando...

—El truco está en saber cuándo caminar, cuando acelerar, y también en cuando frenar a tomar un trago de agua. Pero no te olvides, acá la liebre y la tortuga, ambas se llevan el oro.

—Me inspiras Emilio, qué quieres que te diga. ¿Te puedo dar un beso? Me dieron ganas de darte un beso, como el del Diego al Cani en el '96" —dijo El Turco con una sonrisa colmada de pudor.

—Vení para acá, Turquito" —dijo Emilio, alzando su brazo derecho a la altura de sus hombros, y quebrando la muñeca dejó caer su mano, buscando un abrazo en el cuerpo del Turco; lo del beso pasó desapercibido.

—¿Ves que sos un tipazo? Un compañero dentro y fuera de la cancha, un semáforo en verde, sos la encarnación de la buena voluntad.

—Entonó el Turco con lágrimas en los ojos. El abrazo llegó a su fin cuando Emilio le agradeció las cálidas

Palabras con un simple "Gracias, gracias".

Ambos, ayudados por la senda peatonal, frenaron el tránsito y comenzaron a cruzar la calle empedrada. El día anterior hubo lluvia y charcos de agua dificultaban el paso. El turco los fue esquivando. Emilio, sacando a relucir su inocencia, iba chapoteando, anhelando una nueva infancia. Apenas unos metros antes de llegar al otro frente de la cuadra, Emilio tropieza y cae, haciéndole sentir a la piedra, el rigor de sus 140 kilos, que por más bien llevados que estaban, eran incapaces de levantarse por sí solos. El Turco ni se mosqueó y prosiguió:

—Sinceramente, te confieso que te tengo una gran admiración y respeto. Y te repito, son un tipazo, un grande, humilde por sobre todas las cosas. Yo no me olvido eh, como en el colegio ganabas todos los torneos de atletismo, y me dedicabas el triunfo cada vez, sabiendo que yo quedaba siempre fuera del podio. ¡Valoro con todo mi ser que no me hayas gastado ni una sola vez, en serio, ni una chicana! Te lo agradezco de todo corazón, porque sabes cómo tenía el autoestima de pibe, y... —el turco seguía caminando, sumergido en su decir, llenándose todavía la boca de elogios, que escondían algo de envidia hacia su amigo y confidente, cuando escuchó de fondo, una suerte de frenada que no fue.